INDULGENCIAS.

La Sagrada Congregación de Indulgencias, por decreto de 4 de Febrero de 1877, tiene concedidos á los que hicieron los ejercicios del *mes de Marzo* en honor de San José, 300 días de indulgencia por cada día, y una plenaria al mes con las condiciones ordinarias.

DÍA PRIMERO

Por la señal de la santa cruz, etc.

Jesús, José y María,
Os doy el corazón y el alma mía.

Acto de contrición y oración preparatoria para la meditación.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en quien creo, en quien espero y á quien amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido; propongo nunca más pecar, ayudado de vuestra gracia que espero me concederéis por la intercesión de vuestro Padre adoptivo San José, cuyas virtudes voy

ahora á meditar y cuyas excelencias voy á alabar, confiando que me asistiréis iluminando mi entendimiento con luz celestial é inflamando mi corazón con vuestra soberana caridad. Y vos, Virgen Santísima, interceded por mí para que sepa dignamente conocer, honrar é imitar las virtudes de vuestro castísimo Esposo. *Amén.*

MEDITACIÓN.

Predestinación de San José.

Cuando Dios envía una persona á la tierra, le señala un fin que la pone en relaciones con la humanidad entera y hasta con la misma Divinidad. El hombre sobre la tierra no es como un grano de arena desligado de los demás seres y de su Criador. Reconoce, oh hombre, tu dignidad, pues la vida que tienes se dirige á un fin sobrenatural, el arquitecto que ha construído el edificio de tu ser le ha dado un destino glorioso. Jesucristo Nuestro Señor es el primer predestinado, y por esto no sólo es el ejemplar de todos los hombres, sino que además nuestras existencias están vinculadas á la suya á la

manera que los sarmientos están adheridos á la cepa y viven de su savia. Al lado de nuestro Señor Jesucristo vemos la venerable figura de San José, y hoy, alma cristiana, te invitamos á contemplar su predestinación gloriosa, íntimamente ligada á la del divino Niño á quien guardaba bajo la sombra de su autoridad y providencia.

Contempla en primer lugar la gloria de San José, la alteza de la santidad con que Dios quiso enoblecerlo, ya que lo destinaba á ser Padre adoptivo de Jesús y Esposo virginal de la Inmaculada María. Dios le confió lo que más estima. El Padre Eterno nada puede estimar tanto como á Jesús, porque es su Hijo coeterno y consubstancial y estimándolo á El se estima á Sí mismo. Dios ha dado á su Hijo toda su gloria, omnipotencia y el propio ser. Hijo y Padre son una misma cosa en cuanto á la naturaleza divina, y por esto cuando Dios colocó bajo la protección de San José á su unigénito Hijo Jesucristo, podemos decir que se colocó también El mismo. ¡Oh sublimidad de la gloria de San José! Todo un Dios lo constituye su providencia sobre la tierra. Y tú, devoto del santo Patriarca ¿no fiarás

en su providencia, cuando el Altísimo lo escoge para que dirija sus pasos en el mundo? ¡Oh grandeza de la gloria de San José sublimado sobre un Dios-Hombre en el orden de la sociedad humana y terrenal!

La predestinación divina confió también á San José, para que como fiel custodio le guardase, la perla bellísima de la Inmaculada Virgen, la más excelente y la primogénita de todas las criaturas, la que con el aroma de su santidad había de desinfectar el mundo del hálito pestífero del pecado.

Contempla, pues, á este divino Tesorero, San José, guardando por encargo de la Sabiduría eterna á Jesús y á María bajo la sombra benéfica de su protección, y de aquí podrás colegir fácilmente cuál es el crédito de que goza este santo delante de Dios, ya que le confió tan sagrado depósito. Y tú, cristiano, encendido en amor y confianza para con el dichosísimo Patriarca, pídele humildemente que se digne también recibirte bajo su patrocinio y custodia y tenerte en compañía de Jesús y de María; protéstale que quieres ser de su familia y ofreciéndote por su siervo y criado, pues le prometes dedicar

todos los días de tu vida al servicio y honra de Jesús, María y José.

Medita estas verdades y pide al Señor, por intención de San José las gracias que necesitas.

PETICION.—San José, elegido entre todos los hombres para Padre nutricio de Jesús, yo os escojo entre todos los santos por mi especial protector.

OBSEQUIO.—Haz en el día de hoy tres actos de fe en el misterio de la Santísima Trinidad.

Preces para obtener la protección de San José.

Acordaos ¡oh piadosísimo Patriarca San José! que en todas partes se oye pregonar vuestro valimiento delante de Dios, y los favores que cada día reciben los hombres de vuestra mano generosa. Animado con esta confianza á Vos también acudo, ¡oh castísimo Esposo de María! ¡oh dulcísimo Padre nutricio de Jesús! y humillado en vuestro acatamiento, fervorosamente os pido me toméis bajo vuestro patrocinio y seáis mi abogado ante el trono de vuestro Hijo adoptivo Jesucristo, asistiéndome en vida y en muerte; y para

más obligaros imploro vuestra clemencia, saludándoos con las siguientes deprecaciones y *Padre nuestros*, en memoria de vuestros siete dolores y gozos.

I

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis viendo, sin comprenderlo, el misterioso estado de vuestra Esposa, y por el gozo que sentisteis al anunciaros el Angel que había concebido por obra del Espíritu Santo; os suplico me alcancéis la gracia de no juzgar mal del prójimo. *Padre nuestro, Ave maría y Gloria.*

II

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al contemplar la pobreza en que nació Jesús, y por el gozo que sentisteis al verle adorado por los ángeles, pastores y Magos; os suplico me alcancéis la gracia de saber servir al Rey de la gloria en humildad y pobreza de espíritu. *Padre nuestro, Ave maría y Gloria.*

III

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al ver la san-

gre derramada por vuestro tierno Hijo en la ceremonia de la Circuncisión, y por el gozo que tuvisteis al imponerle por ordenación divina el nombre de Jesús ó Salvador; os suplico me alcancéis la virtud de la mortificación de la carne, que es la alegría del espíritu. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

IV

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al oír en el templo como Simeón profetizaba la Pasión de Jesús, y por el gozo que sentisteis al saber que con ella salvaría á los hombres; os suplico me alcancéis la gracia de conocer y estimar el mérito de la cruz. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

V

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al dejar vuestra patria huyendo por el desierto á Egipto, y por el gozo que sentisteis al ver caer á la presencia de Jesús las estatuas de los falsos dioses; os suplico me alcancéis la gracia de dejar cuanto hay en el mundo antes que ofender á Dios. *Padre nuesto Ave maría y Gloria.*

VI

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis cuando, al regresar á la tierra de Israel, temisteis que Jesús fuese injuriado, y por el gozo que sentisteis al anunciaros el ángel que estaríais seguros en Nazaret; os suplico me alcancéis la gracia de confiar tranquilamente en la Providencia divina. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

VII

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis cuando perdisteis á Jesús, y por el gozo que sentisteis al encontrarlo en el templo entre los doctores admirado de todos los asistentes; os pido la gracia de que sepa encontrar á Dios frecuentando los sacramentos. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

ORACIÓN.

Santísimo Patriarca San José, dignísimo Esposo de la Virgen María y Padre nutricio de nuestro Redentor Jesús, que por vuestras heroicas virtudes, dolores y gozos merecisteis tan singulares prerro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

gativas y privilegios para interceder por vuestros devotos; os suplico, oh glorioso Santo, alcancéis para cada uno de nosotros las virtudes propias de nuestro estado y que seamos devotos de vuestra amada Esposa, María Santísima, á fin de que por su intercesión y la vuestra podamos vencer á nuestros enemigos en virtud de los méritos de Jesús y conseguir las gracias y favores que os pedimos, logrando así la salvación de nuestras almas, una muerte feliz y después los gozos eternos de la gloria. Amén.

DÍA II

Se empieza como el día primero, pág. 6.

MEDITACIÓN.

Utilidad de la devoción á San José.

De alta importancia se considera en el mundo para las necesidades de la vida temporal, no solamente el poseer riquezas y disfrutar de salud, sino también contar con la amistad de personas calificadas queen caso necesario nos puedan favorecer. Pero, aunque vivimos en el mun-

do, estamos sujetos además á fuerzas superiores á las de los hombres; no sólo nuestra vida espiritual, sino también la temporal, depende de un Poder superior al mundo y por tanto conviene que en la corte donde reside el Monarca que gobierna las cosas humanas tengamos quien se interese por el remedio de nuestras necesidades y defienda nuestra causa.

Verdad es que Dios escucha á todos los santos; y uno de los dogmas más consoladores de la fe cristiana es el que nos enseña que los habitantes del cielo y los de la tierra forman una sola sociedad, en constante y mutua comunicación los unos con los otros, y que los de arriba corresponden á los obsequios que reciben de los de abajo, intercediendo amorosamente en su favor. Pero entre todos esos bienaventurados intercesores que, como los retoños á su olivo, rodean al supremo mediador Jesús, sobresale el glorioso Patriarca San José, á quien acuden todos los cristianos confiados en su valimiento ante el trono del Eterno. Es maravillosa la universal devoción á San José, extendida por todas las naciones del globo y entre todas las clases sociales, lo mismo entre los eclesiásticos y religiosos

que entre los seculares, así entre los pobres como entre los ricos, tanto en las grandes ciudades como en humildes aldeas. Un espíritu que ha descendido de arriba como viento impetuoso, ha conmovido á la multitud de los fieles; y el dedo del Espíritu Santo que, hablando del José del Antiguo testamento, figura de nuestro Patriarca, escribió en la Sagrada Escritura aquella frase: «*id á José*, porque es el procurador de la casa del rey», ese mismo dedo omnipotente del Eterno es el que empuja con tantafuerza como suavidad á todos los cristianos hacia San José, procurador universal del pueblo cristiano en todas sus necesidades.

El pueblo cristiano es el cuerpo místico de Jesucristo, el cuerpo de Jesucristo está animado por el Espíritu divino; y así siempre que veas á la cristiandad entera, Pastores y ovejas, eclesiásticos y seculares, movidos por un mismo Espíritu, ten por cierto que ese movimiento viene de Dios, que es Espíritu de unión y no de discordia, é infunde sentimientos que dulcemente unen á los hombres unos con otros, como vemos que sucede hoy con el culto al glorioso Patriarca San José.

Mira, pues, cuánta confianza debe inspirarte esta devoción. Los libros te explicarán que ella vino del Oriente, que ya los antiguos doctores la recomendaban, que Santa Teresa la propagó notablemente; pero tú has de ver en todo eso la mano de Dios que se vale de los hombres como de instrumentos, siendo Él quien gobierna á los corazones humanos y mueve sus lenguas en todo lo que se refiere á la gloria divina y al bien de los hombres redimidos por Jesucristo.

Sigue, pues, oh cristiano, esta dirección espiritual. Recurre á San José y te verás remediado de alma y cuerpo, como cada día lo vemos por nuestros propios ojos en multitud de casos.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

Petición. Glorioso Patriarca San José, en todas mis necesidades sed mi procurador delante de vuestro Hijo Jesús.

Obsequio. Repite á menudo durante el día esta jaculatoria: *San José, rogad por mí.*

Lo demás como en la página 10.

DIA III

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

La vida de San José es el tipo de la vida humana.

La vida humana podemos considerar que es doble, una temporal y otra eterna, siendo esta última la que constituye el destino del hombre. En lo cual hemos de bendecir la Bondad divina, que á la vida que jamás ha de acabar, á la vida perdurable, la ha hecho feliz y bienaventurada, de un reposo inefable y jamás perturbado; y la vida penosa, mortificada y llena de amarguras la ha hecho temporal, pasajera y momentánea. Pero aun la vida presente, no obstante de ser tiempo de prueba, nuestro buen Dios la ha suavizado, pues teniendo en cuenta la flaqueza humana, á menudo da al hombre viador consuelos y goces que le hacen más llevaderas las penas de la vida.

Un ejemplo de este modo de proceder de la Providencia divina respecto de la vida del hombre sobre la tierra puedes

admirarlo en el glorioso Patriarca San José, cuya vida, como contemplan frecuentemente sus devotos, vino á ser como un tejido de dolores y gozos. Así también, oh cristiano, has de considerar que será tu vida: ni toda calamidades y sufrimientos, ni toda goces y placeres. La Providencia en el gobierno de las almas atiende al interés supremo de su salvación eterna, y así como el platero pule los diamantes para que den más brillo, así también el Criador procura sobre todo que nuestro corazón resplandezca en virtudes. Tanto el frío como el calor son convenientes á las plantas. El continuo regalo corrompe al hombre; el sufrimiento sin interrupción lo rendiría y destruiría, y por esto la sapientísima Providencia de Dios, en el gobierno de nuestra vida, va alternando los dolores y gozos para mayor bien de nuestras almas.

Piensa que en este mundo ni el bien ni el mal son eternos, y por lo mismo podemos afirmar que aquí, fuera de la virtud y del pecado, no hay bien ni mal; sino que el hombre es el que hace buenas ó malas las cosas, según es el modo con que las toma. De aquí que para unos es motivo de santificación lo que para otros

lo es de condenación: la riqueza y la pobreza, por ejemplo, llevan á unos á la santidad y á otros á la perdición. Feliz el rico, si es moderado y caritativo; feliz el pobre, si se resigna á la voluntad de Dios; pero ¡ay del rico! si se deja dominar por el orgullo; y ¡ay del pobre! si se llena de envidia y desesperación!

Mira como San José sabe guardar perfecto equilibrio, sin inclinarse á una ni á otra parte en las diversas contingencias de la vida. En esto principalmente nos lo propone la Iglesia por modelo. Las tribulaciones que ejercitan su paciencia le sirven para practicar la virtud de conformidad con la voluntad divina; los gozos que alegran su espíritu y ensanchan el corazón, le dan ocasión de practicar la virtud del agradecimiento para con el Padre Celestial; y de este modo siempre va ganando nuevos méritos para su eterna glorificación.

Imita, oh cristiano, á tu celestial Protector; aprovéchate tanto de la adversa como de la próspera fortuna; piensa que quien te gobierna es sapientísimo y bondadosísimo, que no te pondrá más carga que la que pudieres soportar; y si alguna vez te sientes agobiado por el peso de la

tribulación, acude á San José, que sostendrá tu valor y consolará tu espíritu.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

Petición. San José, alcanzadme la gracia de la moderación tanto en las prosperidades como en los contratiempos de la vida.

Obsequio. Reza siete *Gloria Patris* en acción de gracias á la Santísima Trinidad por la admirable virtud que resplandece en San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA IV

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José, modelo del obrero.

Toda la santidad consiste en hacer la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es la ley del hombre, y éste es tanto más perfecto cuanto más se conforma con aquella amorosa voluntad divina. Los grados de la santidad no se cuentan por

las oraciones que se rezan, ni por las penitencias que se practican, ni por las limosnas que se reparten; se cuentan por la perfección con que se cumple la voluntad de Dios y se ejecutan los designos de su Providencia. El hombre no es providencia de sí mismo; aun el incrédulo y el impío han de admitir que las cosas no siguen el curso que les señala el hombre, sino que hay un ser invisible que las gobierna y encamina á un fin desconocido. Pues bien, aquel que mejor corresponde á estas disposiciones de la Providencia es el más santo. Reconoce, oh trabajador, tu dignidad, y considera como en el orden eterno de las cosas, en el reino de la Verdad, sin salir de tu estado, puedes aventajarte al Doctor que ha iluminado á la Iglesia con los fulgores de su doctrina, al Pontífice que ha regido sabiamente las almas, al rico que ha fundado hospitales y escuelas y ha repartido millones entre los pobres. Cumple la voluntad de Dios y serás santo.

Para contar los grados de esta santidad, cuenta los grados de tu conformidad con la voluntad divina. Quien se rebela contra ella no puede salvarse; el primer grado, pues, de la santidad consiste en

acatar y resignarse á la voluntad de Dios; el segundo, en cumplirla fielmente hasta en las cosas de menor monta; el tercero; en cumplirla con amor y gozo. Desgraciadamente, habiéndose debilitado la fe, pocos son hoy día los que cumplen la voluntad de Dios, los que se resignan con amor y gozo á las disposiciones de la Providencia. Sin embargo, no faltan aún hombres que llevan la carga de la vida con dignidad y siguen los ásperos senderos de este mundo con suavidad espiritual, porque los ilumina la fe, los alienta la esperanza y los inflama la caridad, porque son ciudadanos del reino de la Verdad y no juzgan de la felicidad por el deleite de los sentidos sino por la dignidad del hombre y por la paz de su conciencia. Pero si quieres, oh cristiano, encontrar un ejemplo digno de imitación, si quieres ver al hombre agobiado por el trabajo y al mismo tiempo de espíritu libre, dulce y tranquilo, penetra con la consideración en el taller del Carpintero de Nazaret, que es la admiración de los ángeles, la gloria de Dios y el honor de de los hijos de Adán. Allí no observarás la perturbación, la inquietud, ni las pesadumbres del que trabaja por fuerza,

porque el santo Carpintero acepta el lugar humilde en que lo ha colocado la Providencia y trabaja, no por fuerza, como el esclavo, sino con gusto y amor, como quien sabe que con el trabajo el hombre se perfecciona, se reprimen las malas inclinaciones, se adquieren méritos y el hombre se hace digno de la eterna bienaventuranza.

El descanso es la mayor delicia del hombre; pero no puede descansar quien no se fatiga. La tristeza suele ser el patrimonio del que aborrece el trabajo; no quieras nunca, oh cristiano, dejarte dominar de tal miseria. Levanta los ojos y contempla al santo carpintero José y pídele que interceda por tí delante de Jesucristo, para que sepas hacer del trabajo un medio de felicidad, de paz y salvación eterna.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de S. José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca, hacedme siempre, á ejemplo vuestro, amigo del cumplimiento de mis deberes.

OBSEQUIO. Ejercita hoy con gran cuidado la virtud de la diligencia.

Lo demás como en la pág. 10.

DIA V

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José ennobleciendo al obrero.

Los pensamientos de Dios distan tanto de los pensamientos de los hombres, como el cielo de la tierra. Los hombres consideran la dignidad por las prerrogativas y cualidades externas de las personas, miran lo de fuera y no lo de dentro; juzgan que un hombre rico y bien vestido vale más que los otros, y sin embargo no es así delante de Dios, que mide la importancia y el valer del hombre por las cualidades y virtudes de su espíritu. Esto te explicará cómo es que haya colocado en la cumbre del Cristianismo, en el lugar más importante y preeminente entre los hombres, al humilde carpintero de una ciudad ignorada, á José de Nazaret.

Dios ha honrado, pues, al trabajador en la persona de San José de un modo admirable que los moradores de la tierra son incapaces de saber imitar. Dios hace las cosas de veras. Los hombres honran

con palabras, Dios con obras. Oirás á los sabios modernos hablar de la dignidad del obrero, de sus derechos, de la protección que se le debe dispensar; pero el mismo que así habla, si es trabajador, procura dejar el oficio y abrazar otro género de vida de mayor lucimiento, y si no lo es, fuera de cuando lo necesita para sus fines políticos, mira con indiferencia al obrero y quizás hasta llega á avergonzarse de alternar con él. Por el contrario, contempla á Jesucristo como, queriendo honrar al trabajador, escoge por Padre delante del mundo y de la ley á un modesto carpintero; y como, predicando el amor á la pobreza, El mismo se hace pobre. Y no creas, cristiano, que este modo de obrar que te enseña el Salvador haya caído ya en desuso y que sus discípulos lo hayan relegado al olvido, pues la santa Iglesia católica estima como á sus hijos más dignos á aquellos que, siendo ricos, por amor de Jesucristo se hacen pobres y trabajadores, y se consagran al servicio de su prójimo, de lo cual todos los días puedes ver ejemplos en los hospitales, hospicios, escuelas y hasta en las cárceles. ¡Oh, cómo brilla la sabiduría de Dios en la persona de San José! Así como

el sol hace visibles muchas cosas que sin esa luz resplandeciente no se verían, así también la claridad de la luz de Jesucristo nos hace comprender en la persona del carpintero José que en el hombre hay una dignidad muy superior á las riquezas y honores que el mundo adora y que se han de disipar luego como la niebla.

De esta consideración, cristiano, has de sacar una de estas dos enseñanzas: si eres obrero ó trabajador, alégrate viendo á tu lado á San José cargado con los instrumentos del oficio, sudando con el trabajo, y al mismo tiempo sublimado á una gloria inmensa, y reflexiona que, si tú sobrellevas dignamente tu suerte, participarás de la gloria y dignidad del carpintero de Nazaret; y si eres rico y no necesitas del trabajo, humíllate ante aquel Santo Obrero que brilla con una gloria que no posees ni poseerás jamás; y recuerda que en el orden eterno de las cosas los que aquí son los primeros allí serán los últimos, y los que aquí son últimos allí serán primeros, y ama y honra al obrero á quien tal vez en el reino del cielo verás encumbrado sobre tì, más próximo á Jesucristo y soberanamente dignificado.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh santo Carpintero José, enseñadme á medir el mérito de los hombres por las virtudes que poseen.

OBSEQUIO. Por amor á San José guarda toda clase de atenciones á tus inferiores.

Lo demás como en la pág. 10.

DIA VI

Se empieza como en la pág. 6.

MEDITACIÓN.

Desposorio de San José con la Virgen María.

Contempla hoy, devoto de San José, los admirables desposorios del santo Patriarca, con cuyo recuerdo se alegran los ángeles del cielo y toda la Iglesia de la tierra; porque así como la aurora nos alegra porque es el feliz anuncio de que se aproxima la salida del sol, así los desposorios de María y José son como el preludio del Nacimiento de aquel Sol divino, Cristo Jesús, amor de nuestras almas, que había de iluminar al mundo y calentar á toda la humanidad yerta por el frío de la ignorancia.

Considera cuán grato sería al Criador el matrimonio de estas dos puras y nobilísimas criaturas. No es un instinto ciego y carnal el que mueve á estos virginales esposos á celebrar su matrimonio; es un instinto sobrenatural, la moción del Espíritu Santo que suele guiar á las almas candorosas que en sus proyectos y obras no tienen otra mira que la gloria de Dios y su propia santificación. Tampoco tú, oh cristiano, has de tener en tus obras otro móvil que sentimientos y aspiraciones puras y nobles, el deseo de agradar á Dios, y no dudes que así ennoblecerás tu vida y acumularás méritos para la eterna salvación.

Los hijos se regocijan cuando recuerdan el matrimonio de sus padres, y á las veces celebran alborozados el aniversario de aquel memorable día. Así la Iglesia, con gran consuelo de las almas devotas, celebra cada año la fiesta de los Desposorios de San José y de la Virgen María con cánticos y oraciones impregnadas de ternura y del gozo íntimo que la domina en

la celebración de tal festividad. Porque ¿no podemos por ventura considerar los Desposorios de San José con la Virgen María como el matrimonio de nuestros padres en el orden sobrenatural y eterno? ¿No son José y María como el Adán y la Eva de la nueva descendencia de nuestro Señor Jesucristo? Podemos y debemos considerar á todos los cristianos, en el orden espiritual y de la gracia, como descendientes de José y María, de aquel matrimonio santísimo, á cuya sombra mediante el divino influjo del Espíritu Santo brotó el que es tronco del linaje humano redimido y santificado, nuestro Señor Jesucristo. Oh, cristiano, tú desciendes y llevas el nombre de ese amable Redentor; eres cristiano porque eres hijo de Cristo, así como en el orden humano y temporal llevas el apellido de quien te engendró y dió la vida. El Espíritu Santo fué quien dispuso é inspiró este augustísimo matrimonio, y de aquí puedes deducir la conveniencia, la semejanza, la armonía entre los dos esposos. Eran el uno para el otro, el uno digno del otro; María digna de José, y José digno de María. ¡Oh qué idea tan sublime nos da del santo Patriarca su maravilloso desposorio! El Eterno le juzgó

digno de María, la más excelsa de las criaturas, la bendita entre todas las mujeres, puerta del cielo y trono de la misma Divinidad! Ya puedes, devoto del santo Patriarca, sin temor de excederte, proclamarlo el más afortunado entre los nacidos de mujer, el más ennoblecido de la descendencia de Adán, y hacerlo en tu corazón objeto de culto especialísimo, de tu veneración más obsequiosa, con la segura confianza de que la protección que de él recibas te demostrará que no vas equivocado en serle muy devoto.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

Petición. Oh santísimos Esposos, José y María, sed mis padres en el orden de la gracia.

Obsequio. Reza una *Salve* á la Santísima Virgen y un *Padre nuestro* á San José, felicitándolos por su desposorio.

Lo demás como en la página 10.

DÍA VII

Se empieza como en la página 6.

Meditación.

Temores de San José.

Dios se complace en crear dificultades á sus santos predilectos para deleitarse viendo como las superan, y para que resalte su prudencia y fortaleza y la santidad de su vida, así como un peso nos hace ver más claramente la fuerza y vigor de quien lo lleva. En la historia de la Sagrada Familia hay un episodio interesantísimo donde se nos descubre la prudencia del glorioso Patriarca San José.

Ya se había realizado la Encarnación del Hijo de Dios; el seno virginal de María era el sagrario donde reposaba el Verbo divino, porque el Espíritu Santo había inflamado el Corazón de María en el divino amor, y en él moraba la Sabiduría eterna encarnada en la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Mas la Providencia divina no quiso revelar este inefable misterio al glorioso Patriarca San José hasta que hubiese pasado por la tribula-

ción, sobrellevándola dignamente. Así tampoco tú, oh cristiano, harás verdaderos progresos en la vida espiritual sino después de las tribulaciones, ni podrás contar con el mérito sino después del combate.

El virginal Patriarca no podía comprender lo que pasaba en su santa compañera; no dudaba de su santidad, que le era evidente; no podía aborrecerla porque es amable sobre todas las criaturas; pero un hijo sin padre en la tierra es un misterio tan superior á todo humano entendimiento, que el glorioro Patriarca no podía comprenderlo sino mediante una revelación divina. Mas, ¡qué angustias hubo de devorar nuestro santísimo Protector mientras se encontró en este conflicto! La ley antigua, rigurosísima en esta materia, mandaba apedrear á las mujeres que quebrantasen la santa fidelidad del matrimonio é imponía á sus maridos la obligación de denunciarlas. San José, digno, prudente y temeroso de Dios, oculta su profundísima pena, respeta á su esposa cuya santidad reconoce, y ni tan sólo quiere mortificarla de palabra; por lo cual resuelve dejarla y abandonar el propio hogar. Pero Dios, así como quiso probar á Abraham

y mandó un ángel que le detuviese el brazo cuando iba á sacrificar á su hijo Isaac, así también, probada la virtud altísima de José, le envía un ángel que le descubra el gran misterio que deja arrobados en éxtasis de admiración á los ángeles y á los hombres, quienes, al pronunciarlo con su lengua se arrodillan: «*Verbum caro factum est*». Sábete, le dice, que todo un Dios se ha encarnado en las purísimas entrañas de María. Pondera, cristiano, la veneración y alegría con que San José recibiría esta revelación; y si nosotros nos arrodillamos al pronunciar «*El Verbo se hizo carne*» ¿con qué devoción se arrodillaría él delante de aquel sagrario viviente tan querido de su alma, la Inmaculada Virgen María, en cuyas entrañas vivía un Dios hecho hombre por nuestro amor?

Siguiendo el ejemplo de San José, evita siempre, oh cristiano, la ligereza en juzgar al prójimo y conserva la serenidad de ánimo en los conflictos de la vida. Una gran devota del glorioso Patriarca, Santa Teresa de Jesús, ha hecho célebre aquella máxima: *la paciencia todo lo alcanza*. Efectivamente, con la paciencia, con la discreción, reprimiendo las vehemencias de

nuestro espíritu, las dificultades se allanan, desvanécense los obstáculos y el mismo Dios, que permite que los hombres nos hallemos en trances difíciles para que se aquilate nuestra virtud, envía el ángel de su auxilio que nos fortalezca ó su luz soberana que nos ilumine, y lo que antes nos daba pena se convierte en motivo de gloria y felicidad. Siempre que te encuentres desorientado, acude á San José; él te pondrá en camino y te guiará hasta las puertas de la patria celestial.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

Petición. Glorioso Patriarca, enseñadme á ser prudente en las dificultades y conflictos de la vida.

Obsequio. Procura no mortificar á nadie con tus palabras.

Lo demás como en la página 10.